

LA MÁSCARA DE MIDAS

Un hombre esperaba junto a una tiendecita tan envarado como un escocés de madera a la puerta de un estanco anticuado. Se hacía difícil creer que alguien que no fuese el propio tendero pudiera apostarse tan erguido a la entrada de la tienda, pero había una incongruencia casi grotesca entre el tendero y su negocio. Se trataba de uno de esos encantadores turgiosos llenos de objetos diversos que los niños y los sabios exploran con la vista como si fuese un país encantado, y que muchos otros, de gustos más dóciles y ordenados, no distinguen de un cubo de la basura. En suma, que en sus mejores momentos pasaba por ser un bazar de curiosidades, aunque por lo general se la consideraba una tienda de trastos viejos, sobre todo por parte de la realista y bulliciosa población de la ciudad industrial costera en una de cuyas callejuelas se encontraba. Quienes conocen esos sitios no necesitarán que les detallemos sus tesoros, a los que en su mayor parte era difícil atribuirles ningún propósito. Diminutas maquetas de barcos totalmente aparejados y metidos en botellas de cristal o en burbujas de alguna rara resina oriental; bolas de cristal en las que tormentas de nieve se abatían sobre figuras humanas totalmente impasibles; huevos enormes que quizás hubiera puesto algún pájaro prehistórico; calabazas deformes que tanto podrían haber contenido veneno como vino; armas exóticas; extraños instrumentos musicales y otras cosas por el estilo, y todo ello sumido en el polvo y el desorden. El hombre que montaba guardía a la puerta de aquella tienda podría haber sido un judío decrepito con algo de la dignidad y la larga vestimenta de los árabes; o un gitano de belleza descarada y tropical con pendientes de oro

o de latón. Sin embargo, se trataba de alguien sorprendentemente distinto. Era un joven delgado y despierto vestido con ropa pulcra de corte americano, con la cara alargada y esos rasgos duros tan frecuentes entre los americanos de origen irlandés. Llevaba un sombrero Stetson calado sobre los ojos y un apestoso cigarro de Pittsburg que asomaba en ángulo agudo por la comisura de los labios. Si hubiese llevado también una automática en el bolsillo, quienes le estaban observando en ese momento no se habrían extrañado demasiado. El nombre tenuemente impreso sobre su tienda era «Denis Hara».

Quienes lo observaban eran personas de cierta importancia, e incluso de cierta importancia para él, aunque nadie podría haberlo adivinado por sus rasgos pétreos y lo rígido de su postura. El más relevante de todos era el coronel Grimes, el comisario de Policía de aquel condado. Desgarbado, de piernas largas y rostro enjuto, gozaba de la confianza de quienes lo conocían, pero no era muy popular entre los de su clase porque daba claras muestras de querer ser un policía y no un terrateniente rural. En suma, el comisario había cometido el pecado sutil de preferir dirigir la comisaría al condado. Dicha excentricidad había exacerbado su natural taciturno, y era, incluso para tratarse de un detective competente, muy reservado y discreto en cuanto a sus planes y descubrimientos. Sus dos acompañantes, que lo conocían bien, se sorprendieron mucho cuando se detuvo delante del hombre del cigarro y le habló con una voz alta y clara que rara vez empleaba en público.

—Me parece justo advertirle, señor Hara, de que mis hombres han obtenido información que justifica la solicitud de una orden judicial para registrar su negocio. Puede que, tal como espero, sea innecesario molestarle más. Pero debo advertirle que todas las salidas están vigiladas.

—¿Han venido a comprar un barco dentro de una botella?—preguntó sin perder la calma el señor Hara—. En fin,

coronel, no quisiera poner límites a su libre y gloriosa Constitución británica, pero dudo que tenga usted derecho a irrumpir en mi casa de este modo.

—Comprobaré que tengo mis motivos—replicó el coronel—, de hecho, ahora mismo me dispongo a visitar a los dos magistrados cuyas firmas son necesarias para extender la orden de registro.

Los dos hombres que acompañaban al comisario dejaron traslucir leves muestras de asombro. El inspector Beltane, un hombre grande, moreno y pesado, y un profesional digno de confianza, aunque no excesivamente despierto, miró un tanto perplejo a su superior cuando se marchó. El tercer hombre era robusto y rechoncho, llevaba un sombrero negro de teja y tenía una figura de clérigo negra y rolliza, así como su redondo rostro, que en ese momento parecía algo somnoliento, aunque a través de sus párpados entreabiertos brillaba un destello de perspicacia; él también estaba mirando al comisario, pero no sólo con perplejidad, sino como si de pronto se le hubiese ocurrido una idea.

—Oigan, amigos—dijo el coronel Grimes—, imagino que estarán hambrientos; siento mucho tener que llevarlos de aquí para allá después de las tres de la tarde. Por suerte, la primera persona a quien voy a ver trabaja en el banco junto al que acabamos de pasar, y al lado hay un restaurante bastante bueno. Iré a ver al otro hombre, que vive en la calle de enfrente, en cuanto se hayan sentado ustedes a la mesa. Sólo hay dos jueces de paz en esta parte de la ciudad y es una suerte que vivan tan cerca. El del banco hará lo que quiero sin dudarle, así que será mejor que me ocupe de ese asunto primero.

Pasaron por una serie de puertas decoradas con cristales y molduras doradas a través del laberinto de pasillos del Banco del Condado de Casterville, y finalmente el comisario jefe entró directo en el sanctasantórum en el que parecía sentirse como en casa. Allí encontró a sir Archer Anderson,

el famoso asesor financiero y director de aquél y otros muchos bancos respetables, un anciano caballero grave y elegante de cabello rizado y gris y anticuada perilla, que, aunque con sobriedad, iba vestido a la última moda. Un solo vistazo bastaba para comprender que se sentía tan a sus anchas en el condado como el comisario, pero al igual que éste parecía preferir el trabajo a perder el tiempo. Apartó a un lado una enorme pila de documentos, pronunció unas palabras de bienvenida y le indicó una silla como si siempre estuviera dispuesto a hablar de negocios en cualquier momento.

—Me temo que no he venido por un asunto de negocios—aclará Grimes—, pero no le robaré más de un par de minutos de su tiempo. Usted es magistrado, ¿verdad?, pues bien, la ley exige la firma de dos magistrados para extender una orden de registro de un negocio que tengo motivos para considerar sospechoso.

—Desde luego—repuso cortésmente sir Archer—. ¿Y qué sospechas son éstas?

—Bueno, se trata de un caso bastante raro, y diría también que inusitado en esta región. Por supuesto, puede decirse que tenemos nuestra pequeña población criminal, y lo que es diferente, aunque mucho más natural, varios vagabundos propensos a juntarse y moverse en los márgenes de la ley. Pero tengo la impresión de que ese tal Hara, que sin duda es americano, es también un gánster americano. Un gánster a gran escala y con unos recursos criminales casi desconocidos en este país. Para empezar, no sé si estará usted al tanto de las últimas noticias de la comarca.

—Es muy posible que no—replicó el banquero con una sonrisa más bien gélida—. No estoy al corriente de las noticias policiales, y no hace mucho que he venido a ocuparme de los asuntos de esta sucursal. He vivido en Londres hasta hace poco.

—Ayer se escapó un preso—dijo el coronel con gravedad—. Ya sabe que allí hay un gran establecimiento peniten-

ciario en los páramos, a cuatro o cinco kilómetros de la ciudad. Allí hay muchos hombres cumpliendo condena, pero hoy hay uno menos que anteayer.

—Sin duda no es algo tan inusitado. De vez en cuando hay presos que se escapan de la cárcel, ¿no?

—Cierto—admitió el comisario jefe—. Quizás eso no tenga nada de extraordinario. Lo extraordinario es que no sólo ha escapado, sino que también ha desaparecido. Los presos escapan, pero casi siempre acaban otra vez en la cárcel, o al menos dejan alguna pista de cómo se las arreglaron para escapar. Este hombre parece sencillamente haberse volatilizado de pronto, como un fantasma o un hada, a pocos metros de las puertas de la cárcel. Puesto que, como buen escéptico, tengo mis dudas de que se trate de un fantasma o un hada, no puedo sino recurrir a la única explicación natural posible. Y es que lo recogió un coche, que con toda seguridad forma parte de una organización motorizada, por no hablar de los espías y conspiradores que urdieron todo el plan. Estoy convencido de que sus amigos y vecinos, por mucho que simpatizaran con él, no pudieron organizar nada parecido. Es un hombre pobre acusado de ser un cazador furtivo, todos sus amigos son también pobres y probablemente cazadores furtivos en su mayor parte, y no cabe duda de que mató a un guardabosque. Aunque, para ser justos, es preciso decir que algunos creen que se trató de un homicidio y no de un asesinato; de hecho, le conmutaron la pena a cadena perpetua, y, supongo que después de reconsiderarlo, le fueron reduciendo la condena hasta acortarla considerablemente. Sin embargo, alguien la ha acortado mucho más. Y de un modo que requiere dinero, gasolina y experiencia en semejantes incursiones; desde luego no habría podido hacerlo solo y ninguno de sus compañeros podría haberlo hecho por él. No le importunaré con los detalles de nuestras investigaciones, pero estoy casi convencido de que el cuartel general de esa organización está en esa tiendecita a la vuel-

ta de la esquina, y lo mejor que podemos hacer es conseguir cuanto antes una orden de registro. Comprenderá usted, sir Archer, que esto no le compromete a usted más allá del registro preliminar; si el hombre de la tienda resulta ser inocente, estaremos encantados de atestiguarlo, pero estoy seguro de la conveniencia del registro y para eso necesito la firma de dos magistrados. Ésa es la razón por la que le hago perder un tiempo con asuntos policiales que le sería más provechoso dedicar a sus negocios. Si cree usted conveniente firmar el documento, lo tengo aquí preparado y no tendré más motivos para seguir interrumpiendo su trabajo.

Puso un papel enfrente de sir Archer Anderson, quien tras leerlo rápidamente con el gesto ceñudo de la persona habituada a asumir responsabilidades, cogió la pluma y lo firmó.

El comisario jefe se levantó expresando calurosamente su agradecimiento, se dirigió hacia la puerta y observó de pasada, como quien hace un comentario sobre el tiempo:

—No creo que un banco de esta categoría pueda verse afectado por las crisis y otras complicaciones modernas. Pero tengo entendido que corren tiempos difíciles incluso para las empresas pequeñas más sólidas.

Sir Archer Anderson se puso en pie en el acto, muy rígido y con cierto aire de indignación porque lo comparasen, siquiera por un momento, con una empresa pequeña.

—Si supiera usted algo del Banco del Condado de Casterville—dijo no sin una chispa de ira—, sabría que no es probable que le afecte nada ni nadie.

El coronel Grimes acompañó a sus amigos fuera del banco y, con cierto benévolo despotismo, los dejó en el restaurante de al lado, mientras él corría a ultimar su misión y asaltar al otro magistrado local: un viejo abogado llamado Wicks, que era también un viejo amigo suyo y a veces le ayudaba con las cuestiones de teoría legal. El inspector Beltane y el padre Brown se quedaron sentados uno frente al otro esperando su regreso no sin cierta solemnidad.